

Que la tierra regala más que barro era sino la excusa que utiliza la gente para no volar. Ese pensamiento habría de correr por su mente el día que aprendió a decir adiós. No tendría más de seis o siete años, así que poco podría decir un niño más que amén, imitando el cantar de los asistentes, al final de un discurso que no comprendió. Habría así de marchar, con los pies juntos, caminando despacio para no despertar a los que debajo dormían, de la mano de su padre, que no habría de mediar palabra hasta que hubieron abandonado el camposanto y las flores.

Hubo de preguntar aquellos días la misma pregunta, no por deseo de repetirla, sino por la ambigüedad de las respuestas, las cuales habrían de ser siempre la misma:

— Tu madre está en el cielo.

Si bien no todas las respuestas fueron exactas a lo anterior, pues variaban en extensión, tono, ritmo y timbre, habrían de tener el firmamento siempre presente. Insatisfecho habría de encontrarse así, no solo por la incomprensión del texto, sino porque, aunque tornara cierto, encontrar a su madre parecía entonces tarea imposible. Cansado de buscar una réplica desigual y pensando que, como adultos, habrían de tener razón, no hizo más que pasar horas mirando hacia arriba. Y así hubo de crecer: conociendo la vida a través de la bóveda que cubre ciudades y valles, que arroja más colores de los que jamás podrían la mar o el desierto. Creció arropado por la inexplicable belleza de la luna, la fugacidad de la luz, el brillo intermitente de los distantes luceros y estrellas y el inevitable terror de su caída. Descubrió que observando el cielo se puede sentir y ver las estaciones, pero no medir la vejez. Aprendió así la inmortalidad del cielo, ajeno al devenir del tiempo y el espacio. Meditó acerca de la intermitente proximidad de la muerte, que parece acercarse y alejarse a un ritmo raudo, como si jugara a alcanzarlo, pero sin llegar a tocarlo por temor a que el juego acabara. Y aprendió que tal vez fuera la vida una carrera, una huida continua donde es el abrazo de las cosas bellas lo único que proporciona cobijo ante la llovizna, la brisa, el calor y la marea.

Con el tiempo terminó siendo consciente de su inhabilidad completa para extrañarla. Así, un día la búsqueda cesó. Esta osadía no provocó que su dolor mitigara, pues nunca se detuvo el sentimiento de echarla de menos, pero ante la imposibilidad de encontrarla dejó descansar al cielo, lo abrazó como quien acoge a un niño en llanto y aunque nunca aprendió a extrañarla, dejó de sentirse culpable por hacerlo a cada minuto.

Anduvo a partir de entonces con la mirada recta, temiendo perderse todo aquello que cruzó por delante: la fugacidad del alma llena, la tierna experiencia del amor verdadero, la inutilidad el engaño y la mentira en el habla y la despedida de lo oscuro. Y se enorgulleció de su logro, del desaprendizaje, de la selección pragmática de sus convicciones, de su capacidad de cambio y de su abrazo al arte y la naturaleza. Mas no pudo evitar sentir que algo faltaba y debía ser hallado. Fue con esta y no otra la intención con que regresó de nuevo a La Adrada. Se había alejado durante su vida tanto del cielo que pronto sintió que se había alejado de su madre, a pesar de que, si podía sentirse orgulloso de sus logros, no era sino por el incesante riego de las semillas que ella había plantado en él. Regresó así por un impulso sin control que lo empujó con vehemencia al cementerio en la Cotá. Mas justo cuando se disponía a entrar, un cartel llamó su atención. Recordó entonces haber leído algo, semanas antes, acerca de un nuevo mirador que habrían de inaugurar. Dio media vuelta y se dirigió allí, caminando lento, dejando tras de sí el muro de piedra que separa la vida del sueño. Cuando llegó, se sentó, sin decir una palabra y esperó. Cuando los haces de luz luchaban inútilmente por navegar entre la montaña y la noche caía con peso, una voz se escuchó detrás.

— ¿Vienes a ver las estrellas?

— No — respondió —. He venido a ver a mi madre.